

30 AÑOS DEL DETUCH



22 de Junio de 1941: primera función del Teatro Experimental en el Imperio con "La Guarda Cuidadosa" de Cervantes. Izq. a der.: Pedro Orthous, Edmundo de la Parra, Domingo Piga, Chela Alvarez, Pedro de la Barra, Bélgica Castro, Oscar Oyañez y Roberto Parada.

UN CUMPLEAÑOS con treinta velitas invita a la nostalgia, a volver la vista atrás y acordarse de un Pedro de la Barra con su bigotito recortado queriendo parecerse a Ronald Colman o del "Voz de Corneta", como le decían los alumnos del Liceo de Aplicación a su inspector Jorge Lillo; del yugoslavo Mihovilovic, que aún no se había cambiado el apellido por el afrancesado de Tessier, o de una María Maluenda principiando su tránsito de recitadora a actriz, sin saber que la vida la llevaría después de actriz a política.

Hace treinta años Domingo Piga no tenía ni barba ni barriga, Roberto Parada sí tenía cabellera y Pedro Orthous era algo así como un niño maravilla.

Pero para el público que siguió primero al Teatro Experimental, luego al Instituto del Teatro y ahora al Departamento de Teatro de la Universidad de Chile, la nostalgia de los treinta años habrá de volcarse al recuerdo de sus estrenos favoritos. Más de 130 piezas montadas tiene a su ha-

ber el teatro de la Universidad de Chile y en ellas se contabilizan las "superproducciones" y la comedia en un acto, los grandes éxitos y los calamitosos fracasos.

Los que tienen los años y la memoria para recordarlo, preferirán, de seguro, la primera época. La de la función única un domingo en la mañana en el Teatro Imperio o el Santa Lucía, con ese repertorio de teatro clásico al que Héctor del Campo le hacía unos decorados que a los no iniciados le parecían chuecos, y los que "sabían" los llamaban modernos. En ese período madrugador y dominguero, el público era una síntesis de lo que se llamaría después "distintos estamentos universitarios". Estaban los profesores y ayudantes, los porteros y mayordomos, los alumnos universitarios y, también, los incautos liceanos que le habían comprado entradas a sus inspectores; los que estudiaban en el Pedagógico, y que mal chantajeaban la venta de una entrada a cambio de una vista ligeramente engordada.

"Ven. No hay concha de apunta-

dor. Se saben los papeles de memoria", comentaban los más observadores. Y no faltaban los que agregaban que la ausencia del familiar aditamento escenaril era "el principio de la revolución" en el teatro. Y no dejaron de tener razón, a la postre.

Del Imperio al Municipal

Y luego vinieron las tardes en el Teatro Municipal. Primero una vez a la semana, después dos y, más tarde, tres o cuatro. Y los problemas con la maquinaria imponente. Y Fusco, el iluminador municipal, que no entendía las ideas raras de estos jóvenes locos. Y el maquillaje, para que se viera a la distancia, y el foso de orquesta que se tragaba las voces. Y a las cinco de la tarde, en el barrio alto, a la hora del té, ya se hablaba del Experimental, del último estreno, de los bigotitos de De la Barra, y de ese pelado tan talentoso que era Agustín Siré. Las "hablantes" estaban "in" en ese tiempo. Y no lo sabían.

En 1945, el primer gran éxito: só-